

Por las cien que no son

Luisa ETXENIKE*

Acostumbro a empezar el curso de Escritura Creativa recordándoles a mis alumnos estas dos frases. La primera es de Augusto Monterroso que, cuando le preguntaban qué objetivos perseguía con su taller, solía responder con su fértil ironía: “A ver si la gente aprende algo y escribe menos”. La segunda frase es de Henry David Thoreau: “Podemos estar seguros de que algo que admite ser leído dos veces ha sido pensado al menos dos veces”.

Y si empiezo así es porque creo que en esas dos frases se contienen argumentos clave para cualquier proceso creativo, es decir, enseñanzas clave para un taller que es un laboratorio, a escala, de ese mismo proceso. Esos argumentos clave son la reflexión, la exigencia, el repaso, el descarte, esto es, no conformarse con lo primero que llega (a la cabeza o al teclado), ambicionar la revelación y la construcción lentas, paso a paso, del proyecto creativo.

La buena escritura tiene sus obstáculos, incluso sus enemigos. El menor no es desde luego el déficit de lecturas con el que muchos, demasiados, alumnos se inician hoy en ella. Un taller tiene que ofrecerles la posibilidad de recuperar ese retraso lector, proponerles atajos para que puedan ponerse al día cuanto antes. Pero esto con ser grave, no es lo peor. Entiendo que el principal enemigo de la buena escritura es hoy de ritmo: la constante invitación a las creaciones espontáneas, instantáneas, a escribir y publicarlo sin pensárselo dos veces.

47

Se han multiplicado los micro-concursos que al cabo de unas cuantas (pocas) líneas colocan la seducción de un premio (a veces no tan micro). Se alienta con o desde innumerables medios el escribir a toda prisa y colgar inmediatamente en la red, o donde sea, textos fragmentados o fragmentos de texto, en su crudo estado de aparición. Esa es la moda.

Creo que la buena literatura siempre tiene algo de contestatario, de anti-sistema; y que los talleres, que son su reflejo, deben actuar igual, y proponer lo que nadie propone, decir lo que nadie dice, recordar lo olvidado: que la creación es un lento proceso, un lento progreso. Y que escribir es esfuerzo; trabajar sin parar: buscar, descartar, avanzar, descartar, elegir por fin la palabra justa e inmediatamente ponerla en entredicho y darle a todo otra vuelta, por si acaso.

Mis alumnos lo entienden a la perfección, especialmente cuando se lo recuerdo en boca de Lope de Vega: “Oscuro el borrador y el verso claro”. Y sobre todo de Marina Tsvietáieva: “Sé la palabra que es por las cien que no son”. Suele ser uno de los momentos estelares del taller, el momento del vértigo, cuando todo el mundo comprende la dimensión del reto, y muchos incluso lo aceptan.

* Escritora. Imparte talleres de escritura creativa